

PROYECTO DE DECLARACION

La Honorable Cámara de Diputados de la Nación

DECLARA

Su más enérgico repudio al violento ataque perpetrado contra la redacción del diario La Stampa de Turín, República Italiana, hecho que constituye una gravísima agresión contra la libertad de prensa, el pluralismo democrático y la convivencia pacífica.

Asimismo, expresa su solidaridad con los trabajadores, periodistas y autoridades del medio atacado, así como con el pueblo italiano, reclamando el inmediato esclarecimiento de los hechos y la plena vigencia de las garantías para el ejercicio libre e independiente de la labor periodística.

Finalmente, manifiesta su preocupación por la creciente escalada de radicalización política, intolerancia ideológica y utilización de la violencia como método de acción directa en distintos países del mundo, reafirmando el compromiso de esta Cámara con la defensa irrestricta de la libertad de expresión como valor esencial de toda sociedad abierta.

Firmante: Gerardo Milman.

FUNDAMENTOS

Señor Presidente:

El ataque violento perpetrado contra la redacción del diario La Stampa de Turín constituye, sin matices ni ambivalencias, un atentado directo contra uno de los pilares fundamentales de toda sociedad democrática: la libertad de expresión. Lo ocurrido no es un episodio aislado, ni un exceso espontáneo. Es la cristalización de un clima político y cultural que viene incubándose desde hace años en Europa y que, lamentablemente, también encuentra eco en nuestra región: la deriva hacia la intolerancia militante, la legitimación de la violencia como herramienta política y la deshumanización del adversario.

Un grupo de activistas propalestinos irrumpió en la redacción, destrozó paredes, destruyó documentos de trabajo, vandalizó instalaciones y dejó mensajes intimidatorios —incluyendo amenazas explícitas— contra periodistas. No hay eufemismo posible: fue un ataque planificado y dirigido a silenciar voces, a disciplinar a la prensa, a marcar territorio mediante el miedo.

Frente a hechos como este, los demócratas no tenemos el derecho de la ambigüedad. Giorgio Meloni lo expresó con claridad meridiana: "La violencia no se justifica. No se minimiza. No se da la vuelta". Su afirmación, más allá de las diferencias ideológicas que cada uno pueda tener con su gobierno, sintetiza una máxima civilizatoria: cuando se abre la puerta a la violencia política, nunca sabemos qué monstruos pueden atravesar el umbral.

La Stampa es uno de los diarios más importantes e históricos de Italia. Atacar a ese medio no es solo atacar a un edificio; es agredir a un símbolo, a un espacio donde se procesa, se contrasta y se somete a escrutinio público la información. Y quienes pretenden callar a la prensa por la fuerza tienen siempre un objetivo mayor: manipular la realidad a su medida, construir un relato único, imponer una narrativa sin contrapesos.

La libertad de prensa no es un lujo, ni un privilegio corporativo. Es la primera línea de defensa contra el abuso de poder, la corrupción, el

autoritarismo y todas las formas de manipulación colectiva. Por eso los tiranos del siglo XX —desde Hitler hasta Stalin, desde Mussolini hasta Castro— comprendieron que había que demoler la prensa libre antes de demoler la democracia. Como enseñó George Orwell en *Rebelión en la granja*, "toda opresión comienza mintiendo". Quien controla la palabra, controla la percepción; quien controla la percepción, controla la acción política.

El ataque a *La Stampa* se da en un contexto global donde grupos radicalizados han empezado a considerar legítima la violencia contra quienes piensan distinto. La intolerancia identitaria, el fanatismo moral y la creencia de que la causa propia justifica cualquier atropello están alimentando un clima de barbarie posmoderna donde los consensos básicos se diluyen. No hay causa justa que se sostenga cuando adopta métodos injustos. El terrorismo moral, el escrache sistemático, el hostigamiento físico y la intimidación en redes o en la vía pública no son expresiones de participación democrática: son la antesala del totalitarismo.

El filósofo Karl Popper, en *La sociedad abierta y sus enemigos*, advierte sobre el "paradoja de la tolerancia": si una sociedad abierta tolera ilimitadamente a quienes utilizan la intolerancia como arma política, termina a merced de ellos. No se trata de prohibir ideas, sino de impedir que las ideas se impongan por la fuerza. Nadie tiene derecho a destruir una redacción, intimidar periodistas o definir quién está "primero en la lista" de la venganza política.

La defensa de la libertad de expresión implica defender el derecho del otro a decir aquello que no queremos escuchar. Y si hay un principio que ha permitido el progreso de Occidente es precisamente ese: la coexistencia de voces diversas que se contraponen, discuten y se corrigen mutuamente. Cuando se silencia al que piensa distinto, lo que muere no es solo la libertad del otro, sino la posibilidad misma de aprender, mejorar y avanzar.

En Italia, la escalada de tensión alrededor del conflicto en Medio Oriente encuentra un caldo de cultivo en la polarización política interna y en la crisis generalizada de representación. Pero lo que convierte este episodio en un punto de inflexión es que se ha cruzado una frontera institucional: la violencia orientada directamente contra la prensa. Sergio Mattarella, presidente de Italia, lo entendió de inmediato al expresar su solidaridad y al advertir que cuando se toca a la libertad de prensa, se tocan los cimientos de la democracia.

Resulta especialmente preocupante que algunos dirigentes, activistas o referentes sociales —aun condenando en abstracto lo ocurrido— hayan buscado “comprender” el ataque o relativizarlo bajo el argumento de la “ira acumulada” o del “contexto geopolítico”. Las explicaciones sociológicas no deben convertirse en justificaciones morales. Comprender un fenómeno no equivale a validarlo; de lo contrario, estaríamos abriendo la puerta a todo tipo de violencias cuya lógica interna siempre encuentra una excusa.

Francesca Albanese, relatora de la ONU, expresó que “comprende la ira” de ciertos sectores, aunque condenó el ataque. Esa ambivalencia, por más matizada que sea, alimenta la idea de que existe una legitimidad potencial detrás de una acción violenta. Como contracara, la reacción de la sociedad italiana fue clara: el arco político entero repudió el ataque, desde la derecha hasta la izquierda. Esa firmeza transversal es lo que preserva a las democracias maduras de caer en espirales de intolerancia.

Los argentinos sabemos mejor que nadie que la violencia política nunca es un camino neutro. Nuestra historia tiene heridas profundas provocadas por organizaciones que creyeron que podían imponer su verdad mediante el miedo. De un lado y del otro. Y sabemos también que cuando la prensa es silenciada —por censura formal o por intimidación— la oscuridad avanza. Por eso este proyecto de declaración es más que un gesto diplomático; es una reafirmación de nuestra historia y de nuestra convicción republicana.

El conflicto en Medio Oriente es tan doloroso como complejo. Pero no hay bandera política, religiosa o identitaria que pueda justificar un ataque a un medio de comunicación. La solidaridad con el pueblo palestino —justa, legítima y necesaria— no puede confundirse con la violencia dirigida a terceros que nada tienen que ver. La empatía por una causa no puede transformarse en licencia para destruir.

El escritor italiano Primo Levi, sobreviviente del Holocausto, escribió en *Si esto es un hombre*: “Ocurrió, por consiguiente, puede volver a ocurrir”. Esa frase resume la obligación moral que tenemos quienes abrazamos las ideas de la libertad. No podemos mirar para otro lado cuando se utiliza la fuerza para callar al periodismo. Cada agresión a un medio es un recordatorio de que nuestras

libertades no están garantizadas; deben ser defendidas todos los días, sin ambigüedades.

Por eso este Congreso debe decir con claridad: repudiamos el ataque a La Stampa porque repudiamos cualquier ataque a la prensa libre. Expresamos nuestra solidaridad con los periodistas italianos porque sabemos que ellos hoy son víctimas, y mañana podría ser cualquier otro medio en cualquier parte del mundo. Y alertamos sobre la peligrosa banalización de la violencia política, que se disfraza de activismo pero que, en esencia, es autoritarismo en estado puro.

La libertad de prensa es un valor innegociable. Es el corazón de toda sociedad abierta. Y como escribió Albert Camus: "Una prensa libre puede ser buena o mala, pero sin libertad la prensa jamás será otra cosa que mala". Nuestro deber es defender esa libertad sin concesiones, incluso cuando nos incomoda, porque sin ella no hay verdad posible, ni república posible, ni democracia que sobreviva.

Por todo lo expuesto, solicito a mis pares acompañar este proyecto.

Firmante: Gerardo Milman.